

# SUSURROS

REVISTA COLOMBIANA DE CULTURA

14

Francia  
Febrero /07



*Pinturas : Frank Frazetta*

# El discurso más corto

J. M. Coetzee, el escritor surafricano que obtuvo el Premio Nobel de Literatura en el 2003, pronunció el discurso más breve de que se tenga noticia en los anales del galardón. Nacido en 1940, Coetzee estudió literatura y ha sido profesor tanto en Estados Unidos como en su país. Considerado uno de los mejores escritores contemporáneos, dueño de una prosa medida, punzante y esencial y especialista en temas que exploran los más cruciales aspectos de la condición humana, como la vejez, la enfermedad y la discapacidad, el ilustre autor ha publicado, entre otras obras, “La edad de hierro”, “Hombre lento”, “Desgracia”, “Esperando a los bárbaros” y “El maestro de Petersburgo”.



Por considerarlo una auténtica curiosidad, tanto en lo relativo a la brevedad como al tema, Susurros reproduce el discurso mencionado:

Sus Majestades, Su Alteza real, damas y caballeros, distinguidos invitados, amigos:

El otro día, súbitamente, sin ningún motivo, mientras charlábamos sobre algo completamente diferente, mi compañera Dorothy dijo: “Por otro lado, ¡qué orgullosa debería sentirse tu madre! Qué pena que no esté viva, así como tu padre, qué orgullosos se sentirían de ti”.

“¿Más orgullo que el que siento por mi hijo, que es doctor, y por mi hijo profesor? ¿Más orgullo aún? Si mi madre aún viviera tendría noventa y nueve años y medio. Probablemente tendría demencia senil y no sabría lo que pasa a su alrededor”, le contesté.

Pero, por supuesto, no comprendí el verdadero sentido. Dorothy estaba en lo cierto. Mi madre hubiera saltado de alegría con el Premio.

“Mi hijo, ganador del Premio Nobel. ¿Y para quién si no, ha de estar dirigido el Premio Nobel si no es para las madres?” ¡Mami, mami, gané un premio!

“Es maravilloso, querido! Ahora cómete tus zanahorias antes de que se enfríen”. ¿Por qué deben tener nuestras madres un poco más de noventa y nueve años y estar en su tumba, antes de poder llegar donde ellas corriendo con el premio logrado con tantas dificultades?

Para Alfred Nobel, muerto hace 107 años, y para la Fundación que tan fielmente administra su legado y que ha creado esta espléndida noche para nosotros, mi más sincera gratitud. A mis padres, cuánto siento que ustedes no estén aquí.

Gracias.

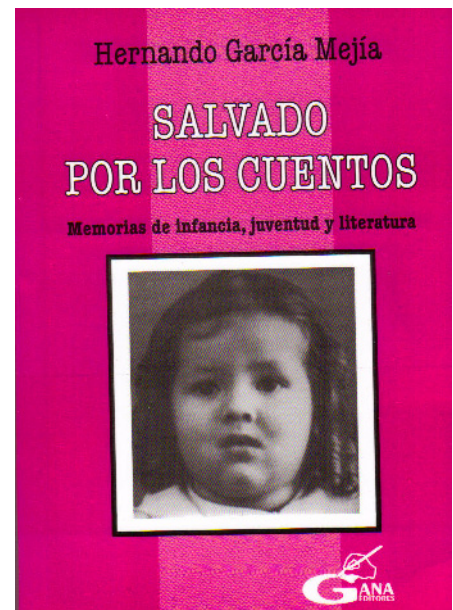




# LEER PARA SER

Hernando García Mejía, muy conocido por los lectores colombianos debido a sus múltiples obras de literatura infantil y juvenil, que se reeditan desde hace décadas y por sus continuas colaboraciones en la prensa nacional, lo mismo que por su trabajo crítico en SUSURROS, publicó en septiembre del año pasado “Salvado por los cuentos, memorias de infancia, juventud y literatura”. Como su mismo título lo sugiere, se trata de un libro que explora la formación y crecimiento intelectual del literato a través de la lectura, que fue su única universidad. En esas páginas sencillas pero profundas se cuentan no sólo el deleite y las búsquedas del lector autodidacta sino la formación del escritor. “Leer para ser”, constituye, precisamente, el mensaje del autor.

En esta ocasión reunimos un pequeño conjunto de reseñas y opiniones sobre el libro, con el fin de que nuestros lectores se pongan al corriente de su contenido, estilo y valores.



---

## Salvado por los cuentos

## LAS MEMORIAS DEL POETA HERNANDO GARCÍA MEJÍA

Iván de J. Guzmán López\*

Están, entre las más deliciosas lecturas, las memorias del escritor o del artista.

Son clásicos ya, en este género, Días de infancia, el conmovedor relato autobiográfico de Gorki, que empieza con Gorki, niño, ante la muerte del padre, y cierra cuando muere su madre, “un domingo del mes de agosto”. El espléndido Cuento de mi vida, de Andersen, que abre haciendo alabanza de su hogar, en especial de su joven padre, un zapatero lector, y cierra narrando su regreso triunfal a Odense, el día más feliz de su vida, “un 6 de diciembre de 1867”.

Otras memorias, imposibles de omitir, son: Autobiografía, de José Martínez Ruiz –Azorín–; Autobiografía, de Chesterton; Autobiografía, de Borges; y, Vivir para contarla, de Gabo, por supuesto.

Acaba de salir al mercado el libro *Salvado por los cuentos*. Memorias de infancia, juventud y literatura, del poeta, narrador y ensayista Hernando García Mejía, nacido en Arma, Caldas, en 1940 y “nacionalizado en Antioquia” desde que contaba los veinte años.

En una edición sencilla pero cuidadosa y pulcra, el autor de *El país de la infancia feliz*, *Ojitos borradores*, *Cuando despierta el corazón*, *Versicuentos de risa y disparate*, *El Diablo que ríe*, *Los humorísticos asuntos del Buen Dios*, *Cuentos de asombro*, *Cuentos de hoy con espantos de ayer*, *Guardianes de la selva*, *El muchacho que derrotó a las brujas*, *El elefante invisible*, *Todo por el fútbol*, *La comida del tigre*, *Del leer y del ser*, *Queja de pena y amor por Colombia* y *Árbol de otoño*, entre centenares de columnas y colaboraciones en periódicos y revistas, rememora su recorrido vital signado por la lectura, como se columbra desde el título de sus memorias.

Por sus páginas, impregnadas de un halo vital, desfilan personajes entrañables que forjaron un carácter, una temprana concepción del mundo y un claro perfil de escritor: su padre Andrés, su madre Alicia, la abuela Gertrudis; don Emilio Valencia, su maestro de primer año de escuela, con su clase especial de cuentos; el tío Pedro, la tía Leticia, la tía Mercedes, el amigo José Tomás Henao, el vecino José Luis Castrillón, el escritor Jaime Sanín Echeverri, el periodista Juan Zuleta Ferrer y don Conrado González Mejía, entre otros.

Como el Maestro Carrasquilla, el poeta García Mejía leyó –y sigue leyendo– de todo. Sus memorias son una muestra irrefutable de lo que puede hacer la lectura en una persona. Por sus líneas desfilan, gozosa y formalmente, desde la lectura de la naturaleza (las nubes), continuando con los Hermanos Grimm, Hans Christian Andersen, Charles Perrault, Charles Dickens, Oscar Wilde, Rudyard Kipling, José María Vargas Vila, Emilio Zola, los Dumas, R. L. Stevenson, Julio Verne, Paul Feval, Emilio Salgari, Eduardo Zamacois, Pedro Mata, Fenimore Cooper, Walter Scott y, “su amo” Victor Hugo, hasta toda la literatura costumbrista o vernácula a su alcance, por esas calendas.

El autor, haciendo gala de su estilo y poder de síntesis, expresa: “Estas memorias relatan la forja de un escritor que después de cursar la primaria en el pueblo natal se internó en el campo a trabajar y a leer. A los veinte años, tras devorar a luz de vela buena parte de la gran literatura clásica universal, dejó el azadón, el machete y el canasto de cogedor de café y se marchó a Medellín”.

Frisando los veinte años recaló en Medellín, y gracias a la mano generosa del doctor Jaime Sanín Echeverri, su preciosa cosecha de lecturas y un carácter bien estructurado, inició su vida laboral en la editorial Bedout y una existencia consagrada a la literatura.

Si nuestro medio se ha caracterizado por la costumbre intonsa de desconocer sistemáticamente a nuestros creadores, debo reconocer que Hernando García Mejía es una de las bellas excepciones. Su obra goza de múltiples reediciones y es leída con deleite y provecho en muchas instituciones educativas.

Este libro, que más parece una cuidadosa guía de lecturas, se me antoja imprescindible a la hora de formar lectores. Para maestros, promotores de lectura y bibliotecarios, será, a no dudarlo, texto de cabecera en su bella tarea. Y, de contera, un ejemplo del arte de escribir bien.

*\*Columnista del periódico El Mundo de Medellín*

---

## DE UN ESCRITOR, COPROTAGONISTA DE LA HISTORIA

Celebro ante todo que hayas salido triunfante de un embrollo tan difícil como es hablar de sí mismo sin jactancia y sin salir de tu cacareada timidez y pienso que, por fortuna, te conservará Dios por muchos años para que sigas divirtiendo a los niños con tu creatividad y admirando a los viejos con tu devoción al oficio de las bellas letras.

*Jaime Sanín Echeverri*

---

## SALVADO POR LOS CUENTOS

**Pedro Arturo Estrada Z.\***

Guardada para siempre en su crisálida  
está nuestra memoria y en ella están los cuentos;  
allí estará el amor, en esa sombra  
donde la vida vuelve a comenzar.

Giovanni Quessep

Las visiones idílicas de la infancia suelen ser bastante previsibles e incluso muchas veces cursis para los lectores actuales. No sucede así con “Salvado por los cuentos” (1) de Hernando García Mejía, el ingenioso narrador y poeta caldense, autor de numerosos relatos y crónicas llenas de imaginación, humor, sentido y, sobre todo, conocimiento, dominio del lenguaje. Escritor castizo y ducho en su oficio como pocos hoy, destacado editor y difusor de la literatura infantil en Colombia, laureado con importantes premios y reconocimientos, nos entrega ahora la historia de su propia vida contada de manera amena y ágil, sin desatender, empero, la filigrana precisa de un estilo vívido, entrañable, profundamente conmovedor por lo veraz y próximo. Aunque predomina en ella la mirada realista y despojada de lirismos fáciles hay sin embargo en esta obra una visión conmovedoramente poética. Detrás de estas “Memorias de infancia, juventud y literatura” — subtítulo bien revelador —, se descubre una parábola vital, humana, demasiado humana, diríamos, en su más auténtico valor y significación. Una existencia definitivamente señalada por la belleza y la imaginación creadora que resulta tremendamente ejemplar para nuestros días, pues, no fue ésta según podemos deducir directamente con la lectura, una vida fácil o regalada. Por el contrario, la pobreza, la dificultad del medio campesino en el que se desenvolvió al comienzo, la dura lucha por

salir avante fueron siempre y desde el principio características esenciales de ese trasiego. A lo largo de 248 páginas el autor logra condensar su rico tesoro de recuerdos, experiencias diversas que dan cuenta de un mundo, un tiempo que para muchos empieza ya a despedirse cuando el cambio acelerado de las costumbres y la despersonalización parece abolirlo sin remedio. Un sentimiento de nostalgia se hace evidente y nos gana a medida que nos adentramos en esas páginas. Son, sobre todo, los primeros capítulos, aquellos que nos describen los orígenes humildes y no obstante muy dignos de la familia del escritor, los más bellos literariamente hablando. Y bastante llenos de ternura por lo demás. Inolvidables imágenes quedan allí salvadas: la figura de la abuela pobre, pero sabia y respetable; los padres sencillos y recios; el chiquillo precozmente convertido en ese gracioso “Don Juan de la Toalla”; los juegos, las rondas infantiles, el primer enamoramiento; la yegua “Golondrina”; la escuela y el deslumbrado, definitivo y salvador descubrimiento del universo de los cuentos escuchados por primera vez de labios del querido maestro de primaria en aquel villorrio perdido del viejo Caldas, entre montañas, ríos y animales, sueños y espíritus inocentes que para entonces no eran la excepción a la regla moderna del cinismo, la vulgarización del sentimiento, la degradación de lo humano. Es un viaje a la raíz, al origen del alma no sólo de un escritor, un hombre que se hace a pulso, sino al fondo mismo de nuestra propia memoria ya que estas confidencias autobiográficas desatan también en lo íntimo un hontanar de imágenes a cual más evocadora y honda.

Las incidencias solas no bastarían a crear por sí mismas la atmósfera interior, psicológica de este libro. Es el estilo, la manera de contar, de revivir con maestría y precisión lingüística, con elegancia y perspicacia el trasfondo de esos hechos, lo que le da ese especial atractivo a “Salvado por los cuentos”. Es la emoción contenida que la madurez de un escritor logra comunicarnos sin caer en el sentimentalismo ni la autocompasión. Y es el humor, además, la clave, el don natural con el cual, como buen paisa (sin ditirambos), nos obsequia el autor en pasajes memorables, plenos de inocencia y frescura. No por la dureza de lo que cuenta en los sucesivos capítulos que nos hablan de su forja como hombre y como escritor luego de esa niñez, esa adolescencia campesina, sino por el sustrato ético y el nivel espiritual que alcanza al llegar la época de su plenitud literaria, se comprende el sentido del título, “Salvado por los cuentos”, como decir, salvado por la poesía, por la imaginación, por el poder maravilloso de la palabra, que, precisamente, salva, ahora, un mundo, una memoria, un tiempo idos.

\*Poeta

(1) García Mejía, Hernando. “Salvado por los cuentos” – Memorias de infancia, juventud y literatura. Gana Editores. 248 pgs. Primera edición. Medellín, 2006.

---

## UNA SORPRESA ENCANTADORA

Los libros que me gustan los divido en dos grupos. Al primero pertenecen aquellos que me entretienen, que disfruto leyendo, y cuya lectura es una actividad esencial dentro de las demás del día. Al segundo grupo pertenecen los libros que no admiten espacio dentro de la cotidianidad,

porque son sorpresas encantadoras, y estos “acontecimientos” no sólo se leen, se viven, así de pronto estás padeciendo, riendo, soñando, asintiendo con la cabeza, sintiendo que, al menos, una parte de esa historia te pertenece.

“Salvado por los cuentos” es la más reciente sorpresa que he recibido.

**Diana Isabel Quintana Ramírez.**  
**Periodista**

---

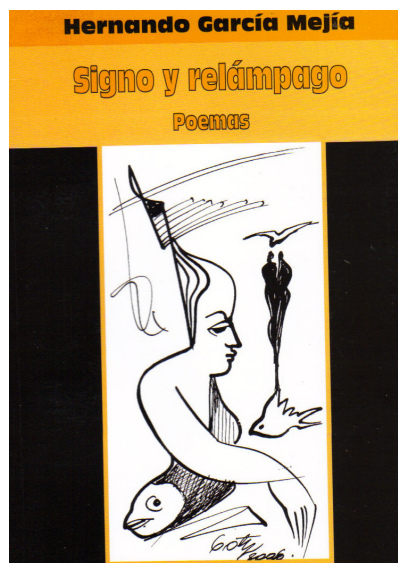
## MANUAL PARA LA PROMOCIÓN DE LECTURA

Cuando leí “Salvado por los cuentos”, del escritor Hernando García Mejía, tuve la sensación de estar viendo, como en una película, toda la historia de Antioquia la grande, protagonizada por un muchacho que sólo tenía, como únicas armas, la pasión de vivir y el encanto de la lectura. Este personaje, que no es otro que el mismo autor, desde niño, nos lleva por diferentes caminos que entremezclan la vida y el tesón del campesino, la sabiduría del hombre a través de los libros y la huella imborrable que dejan las experiencias de la infancia.

Sin duda alguna, este libro constituye un manual que deberían leer los maestros, los adultos y todas aquellas personas interesadas en rescatar el valor de la lectura por la lectura misma, puesto que en él se descifra ese misterio que envuelve a todo aquel que piensa en cuál ha de ser el mecanismo correcto para que un niño lea y se habitúe a ello.

Luis Fernando Estrada Zapata.

Cuentista y bibliotecario dedicado a la promoción de lectura





## **Manuelita Sáenz: la pasión inmortalizada**

**A**ntonio Cacia Prada ha puesto en circulación el libro “Manuelita Sáenz, mujer de América”, tal vez la biografía más completa y verídica que se haya escrito sobre la amante de Bolívar. Muchas inexactitudes y calumnias se han tejido sobre este mítico personaje, nacidas unas del odio que los malquerientes del Libertador abrigaron contra él -pasión enfermiza que se volcó sobre su fiel y valerosa compañera- y propaladas otras por las memorias ligeras y mendaces del científico francés Juan Bautista Boussingault, aparecidas en 1903, las cuales dieron origen a no pocas falsedades recogidas por libros posteriores.



La obra de Cacia Prada, presentada en la Estancia de Manuelita Sáenz -centro histórico que protege la Universidad de América y que corresponde a la morada de la quiteña en la capital colombiana-, es el resultado de largos años de investigación y ofrece, con amenidad y rigor histórico, los pasos de la “amable loca”, como la llamaba Bolívar, desde su nacimiento refulgente en Quito hasta su ocaso penumbroso en el caserío peruano de Paita.

Hija natural de un comerciante de importaciones, a los 20 años contrae matrimonio con Jaime Thorne, que la dobla en edad y de quien se ha dicho que era médico. Cacia Prada revela que se trataba de un naviero inglés, poseedor en Lima de una sólida posición social y económica. La boda no se realiza por la propia voluntad de la novia, sino por deseo manifiesto de su padre, quien encuentra favorable esa circunstancia para acercarse al mundo de negocios que maneja el acaudalado ciudadano inglés.

La pareja se traslada a Lima al poco tiempo del matrimonio, y ella, por su belleza y especiales atributos femeninos, se convierte en el centro de atracción de aquella brillante sociedad imbuida de puritanismos. Las preclaras señoras quiteñas se escandalizan con las extroversiones de la desenfadada damita, quien se exhibe de continuo cabalgando a horcajadas en brioso corcel. Pero todos la admiran. Manuelita, exquisita amazona que se distingue por la fibra sensual y el carácter fogoso, no concuerda con el temperamento reposado y flemático de su consorte, lo cual comienza a menoscabar la unión mal avenida.

Sin embargo, no es ella la que desestabiliza la vida conyugal, sino él. Hecho evidente: Thorne se ha conseguido una amante, lo que enfurece a su esposa, quien se muestra poseída por los celos. Cuando Bolívar entra victorioso a Quito, tras las batallas de Bomboná y Pichincha, Manuelita le

lanza desde un balcón una corona de laurel. El Libertador se encuentra con la dulce mirada de su admiradora y a partir de ese momento se inicia el profundo romance que los unirá por el resto de sus días.

De ahí en adelante se vuelve su mejor aliada de las gestas libertadoras y el bálsamo amoroso de sus triunfos y desengaños. Es ella la antena infalible que lo pone alerta contra las intrigas y las deslealtades que se urden a su alrededor. Conforme crece la agitación política y se enrarece el ambiente contra el Libertador, más aguza ella los sentidos para descubrir patrañas y mantenerse en guardia contra los traidores. Aquel 25 de septiembre de 1828, cuando los enemigos conspiran en la sombra, la insomne vigilante de las horas peligrosas detecta la llegada de los asesinos y en segundos lo salva de la muerte. Bolívar salta por la ventana prodigiosa y se protege en el puente cercano, mientras la conjuración se deshace como por artes de embrujo. “Tú eres la Libertadora del Libertador”, le expresará más tarde el héroe, y con esta aureola pasa a la historia como la gran heroína del amor y la libertad.

Abandonado por sus amigos y rodeado de tremenda soledad e infinita tristeza, muere el Libertador dos años después. Sus enemigos toman venganza contra la indefensa mujer y la convierten en blanco de los mayores agravios, injusticias y persecuciones. Expulsada de Colombia por Santander, comienza a vagar de pueblo en pueblo y de recuerdo en recuerdo, entre escarnios, humillaciones y miserias, y no logra que su propia patria ecuatoriana le ofrezca protección.

Así llega a Paita, triste caserío perdido en las orillas del mar, al que Alberto Miramón, en “La vida ardiente de Manuelita Sáenz”, define como “melancólico pueblito. Arenal de sequedad y ardor”. En aquel destierro pavoroso, rodeada de soledad, pobreza y melancolía y víctima de terribles dolencias físicas -reumatismo, artritis, hidropesía, parálisis total...-, pero fortalecida con la llama perenne de su amor imperecedero, pasará los 26 años que le restan de vida.

El libro de Cacia Prada es una obra valiosa por su seriedad documental, por la exaltación de la “loca divina” -símbolo del heroísmo, la lealtad y la pasión amorosa- y por la rectificación que hace de muchos errores históricos, nacidos de otra pasión: la del odio y el sectarismo. Esta mujer vilipendiada y condenada al olvido tras su dorada época de triunfos y caudillismo patriótico, es la misma amada inmortal a quien su héroe le manifestó un día, en los momentos amargos del crepúsculo de su existencia y de la ingratitud humana: “El hielo de mis años se reanima con tus bondades y gracias. Tu amor da una vida que está expirando. Yo no puedo estar sin ti. Ven, ven, ven”.

*gustavopaez@cable.net.co*

**ABISAL**

Somos víctimas de las miserias que engendramos  
y de rodillas hambrientos recogemos lo que nos dejó el destino.

Retozando acomodados la vida nos parece sueño, y decimos:  
¿Para qué abrumarla con fatigas?  
Mas luego, el sofoco del recuerdo nos hace meditar cabizbajos,  
murmurando las cavernas que quedaron.

Y escupimos el pasado como mendigos ebrios,  
que han dejado su equipaje en la aurora del miedo.

Ciegos de noche bailamos con mil lunas,  
ya de día las mismas maldecimos.  
Esperando en voz alta su retorno, cantamos.  
Y al fin de cada ronda imploramos un olvido.

La vida es un calvario que gozamos  
y vamos disputando en los desfiladeros, de dominó vestidos.

¿Cuán extraviados estamos y estaremos a troche y moche?  
Arrumados en nuestras propias dudas, pájaros sin alas, que anhelan tibios nidos.

Ahora el arrullo de las convivencias son olas salobres al acecho,  
listas a caer como buitres, y la sonrisa es puñal, y la mano cálida veneno invisible,  
diciendo dulcemente: ¡Dame! ¡Dame tú! ¡Dame tu mundo! Para robarlo todo.

Solitarios cual áspides y osos polares, en la cuba de esta escarcha marchita,  
abrimos el armario de las cicatrices,  
para escudriñar los libros guardados en el primer remojo.

Allí grita el verdugo del silencio:  
¡Huéspedes en otras casas como no en las propias!  
¡Guerreros en otras batallas como no en las propias!  
¡Amigos en otras miradas como no en las propias!  
¡Poetas en otras palabras como no en las propias!

Ahora saltan desfiles de la bocamanga,  
una maleza crece siglos en la acera:  
El miedo tiene muchos ojos.  
Siempre.

## CARTA A UN JOVEN FILÓSOFO

Antes que nada, decirte que antes de ti era la Nada (nihil). La Nada que se representa en un cero o en una anulación del Todo. Una capacidad (tékhne) del hombre para sustraer su yo, para restar el mundo, lo creado. Sin embargo, Nada que es la suspensión de todo fondo, lo abierto del Ser. Donde nada hay que separe al Ser y al mundo. Un abismo que llama a otro abismo (Heidegger). Ahora estás tú, y antes de que pasaras por esta escritura, estaban tus padres, tus abuelos y tatarabuelos, el Hombre de Neardenthal. El cosmos infinito en su extensa Naturaleza. Pero todo fundado en la Nada. Ya los presocráticos se preguntaban por qué todo en lugar de nada. Y es una pregunta reciente y actual, vale la pena recordarlo. Misma que nos llevará a pensar este Todo que habitamos mientras nos habita.



La relación es importante: hablo del comunicar el Todo que llevamos y la Nada que lo sustenta. Entre nada y nada, cada uno de nosotros en su manera de vivir la vida. Por tal razón la vida es una pausa, es el cabalgar del infinito. Acaso después de nosotros, nosotros mismos encumbrando esa Nada que nos arrojó desnudos y sin misericordia.

Varias teorías, varias formas de actividad para fundamentar nuestra permanencia en la vida. Sin embargo, dos que en nuestra limitada tendencia a la racionalidad se expresan: creación y evolución; a mi parecer no contradictorias. Punto de partida y prolongación; nacimiento y crecimiento. Pero después el vacío infinito, vacío como nada, nada que traducimos vacío. Como cuando perdemos el sentido de la vida, cuando se anuncia un vacío existencial.

¿Vale la pena vivir la vida? Esto llevó a Albert Camus a pensar que el suicidio era el problema más profundo de la filosofía. Refutado por André Comte-Sponville, pues según éste si uno se suicida ya no podrá pensar el asunto. Mas esta queja de Sponville está centrada en el hecho (factum), y no en la reflexión misma sobre el suicidio. Sobre esa necesidad luego de que no encontramos salida alguna a nuestra existencia. Sponville asume entonces, que el verdadero



problema de la filosofía, el problema fundante es el amor, ya que el amor es la potencia de la vida, y la vida es lo que somos, amor a lo que somos, amor a nosotros mismos.

El suicidio es un problema verdaderamente filosófico, mas también lo es el amor. El verdadero problema de la filosofía es el fundante de la vida misma, y es plural. La vida y su opositora la muerte. ¿Quiénes estamos en ese lugar de reflexión? Los hombres, es ineludible. Por tanto es el hombre como síntoma, como queja, como proceder inmediato, el asunto real de la filosofía. Si el hombre expresa su relación con el pensamiento, con el preguntarse constantemente, con el intento de respuestas a la magnitud de lo vivo; si se relaciona con la filosofía, la filosofía misma se convierte en problema de sí.

Esto entonces nos lleva a replantear los problemas últimos, las teleologías. ¿Hombre, filosofía, vida, muerte, amor, suicidio? Más bien: hombre en relación con las dinámicas del pensamiento y de la imaginación que nutren la racionalidad y propician la reflexión sobre la vida y la muerte, sobre el amor y el suicidio, sobre el poder y la justicia, sobre la libertad, el lenguaje, el arte, el alma, la virtud y la verdad.

Quizá en este momento estés preguntándote si este es tu destino (moira). Y la respuesta es que ningún hombre podrá verse liberado de este destino si no es cuando muera. Sin embargo, dejará huella y posibilidades para que los demás hombres sigan en su infatigable preguntar. Para la filosofía (philosophia) es conveniente leer. Leer el mundo, leer los libros, leer el cine y todo lo que se sustente en el proceder del hombre mismo. Ya Franz Kafka decía que leer es preguntarse. Por tanto la lectura de lo que ocurre es inevitable.

Cuando hablo de la lectura me refiero a una acción lenta, pausada, pero constante. Leer no es deletrear. Leer es aplicar el diente, el rigor, la demanda de lo leído. Es dinamizar el contexto de aquello que nos presenta el autor. Y esto implica una experiencia del texto, reconstruirlo, crearlo de nuevo como sugería Roberto Juarroz, activarlo en función de nuestra vida y de aquello que representa la vida misma para nosotros.

Un filósofo debe interrogarse por su propia vida y así aunarse a la vida de los demás. Debe participar de la disciplinaria específica y de la interdisciplinaria que se le ofrece desde el campo múltiple del conocimiento. Otras fuentes que no estén en su haber académico como la psicología, la antropología, la sociología, la historia; el estudio de los mass media, el buen desempeño en la lectura de las obras de arte, la poesía, le brindarán una panorámica, un panóptico que intermediará entre sus intereses y los de los demás profesionales. De esta forma aceptará que la filosofía está mediando el mundo de lo habitable en la medida de su matriarcado académico en los inicios de la civilización occidental.

Para esto debe comprender los procesos en que se desenvuelve el mundo de su actualidad y al mismo tiempo debe tener ópticas del pasado y mirada proyectiva para construir un futuro mejor. Un futuro abocado a la justicia y a la equidad, a la sustantivación de los individuos y los grupos sociales que se establecen como un todo. Dinamizar los intereses de los demás en vías de la manifestación de un mundo que lo involucra como acción. Y, al mismo tiempo, ampliar su

inteligencia en función de un saber vivir, de una práctica filosófica (phronesis) que le ayude a desarrollar y aplicar la conquista de su interior y el dominio de lo que su ser manifiesta y conduce.

Te decía que un filósofo debe leer, contemplar, comprender, interpretar, y por tanto escribir. Para escribir se debe tener una idea clara sobre el asunto que se tratará. Eso no quiere decir: únicamente claridad, pues, como decía Wittgenstein, no es suficiente. Se debe tener conocimiento, andadura; haber cabalgado en esa idea. Algunas veces esa idea, sin embargo, sólo se convierte en un manantial tranquilo si escribimos sobre ella. Por tanto, estamos obligados a escribir, que en otras palabras, podría ser pensar, hablar, vivir.

Se debe tener una idea clara cuando se escribe, decía. Pero eso no asegura la claridad de lo escrito. Trampas de la mente, quizá. Algunos lo llaman: “estilo”. Otros no quieren dejar todo de igual manera o simplemente aman los malabares, la lúdica del lenguaje. Los más, quieren alejar al lector “común”, vano propósito. Si alguien se enamora igualmente de su manera críptica, veremos nacer un exegeta, un traductor, un intérprete, un continuador, y eso está bien.

Para escribir debemos tener lápiz y papel. Papel limpio, claro está. Pero algunas veces, usamos el teclado y la pantalla, una guitarra, un lienzo. Vernos en la prisa al escribir, es algo que rompe con el asunto mismo de la escritura. Por ello algunos, como Fernando Pessoa, escriben lentamente en el pensamiento, rumian a la manera de Nietzsche y, luego de conocer y confirmar el horizonte que quieren mostrar, se lanzan al hecho.

Algunos dicen escribir para sí mismos; pero eso no puede ser. De una u otra forma nos damos al mundo. Cuando escribimos siempre está presente, veladamente o no, el otro que habita fuera de nosotros. Quizá otro que en ese mismo instante nos lee, el que escribe. Ya Octavio Paz se preguntó sobre esa paradoja del que escribe y al mismo tiempo lee lo escrito como dos que son diferentes. Y esto afirmado por Rimbaud: ¡yo es otro!

Escribir toma tiempo, todo el tiempo. Quizá de todo lo que escribamos, lo único valioso sea el tiempo recorrido en el ejercicio de la escritura. Quizá por ello sea el mismo tiempo quien retribuya al escritor, que en la mayoría de las ocasiones, no podrá sentir el aplauso, ya del otro lado de la palabra. En el gran silencio.

Uno escribe para no quedarse solo, para darle otro susto a la muerte. Pero el que publica, lo que quiere es vencer el mundo. Tragicomedia que nos recuerda el miedo al vacío que, de todos modos, llega cuando termina la escritura. De nuevo somos en la simple manera de ser. Eso soy ahora: un hombre simple que, a pesar de sus continuadores, será derrotado. Pero es tiempo de comenzar: ¡buen viento!

*vjaramil@funlam.edu.co*

## CAFÉ EN LA SELVA

*A los bosques de Alberto Vélez*



Cuando el Maestro Jaraba me invitó a su casa a tomar café, me sentí bastante halagado, pues su talento y juicio frente a los temas inherentes al mundo literario, en sus diversas lecturas desde lo plástico, siempre habían llamado mi atención, además que no era su costumbre llevar gente a su taller.

Fui a casa de Jaraba, y aproveché la ocasión para regalarle un libro que había editado. Miré el papelito donde tenía anotada su dirección y me hallé frente a un edificio pequeño, de unos cinco pisos. Oprimí el timbre, que quizá hubiera sido mejor no oprimir, pero en la vida los sin remedios no tienen cabida. La voz de Jaraba se escuchó a través del citófono: ¡Pasa!, me dijo mientras una mariposa aleteaba junto a las rejillas de la puerta. Esta ciudad posee un frió natural que baja desde los romerales y mis ojos se hallaron frente a una niebla espesa, que se iba acomodando a lo largo de un zaguán por donde caminé hasta vislumbrar a Jaraba.

– ¡Qué tremenda neblina hay!- dije.

–Acomódate–, respondió él, y busqué una silla en qué sentarme, pero debí moverme dos o tres pasos para subir por una escalera hasta un cuarto donde la niebla fue desapareciendo. Había unos arbustos de un verde intenso, escuché un sonido como de grillos, silbidos de pájaros, y la voz de Jaraba:

–Si quieres ir mirando mi obra, tranquilo, voy sirviendo el café.

Algo muy rápido pasó frente a mis ojos y se metió entre unas enredaderas. Pensé que Jaraba tenía un perro o un gato en la casa, pero el grito de una lora me distrajo. Miré hacia arriba buscando a la emplumada, cuando volvió a pasar esa cosa de antes; era un mico pequeño y juguetón, y me dije:

“Debo estar en el patio de la casa”. En esas Jaraba llegó con el café:

–Ya vuelvo, tengo una llamada telefónica. Puedes mirar tranquilo.

El café me activaría los sentidos. El mico salió y empezó a brincar mostrándome las encías rosadas. Traté de alejarlo con leves movimientos de la mano con la que sostenía el libro para Jaraba, y en esas el mico salta y me lo arrebató, y corre a meterse bajo unos arbustos. Iba a reaccionar, pero el sonido de una lora me detuvo: ¡libro book!, ¡libro book!, y me quedé de una pieza en esa pieza. Ahora qué iba a hacer. Decidí regresar por las escaleras, y otra vez la sombra de niebla me fue envolviendo hasta llegar donde Jaraba para contarle, pero me frenó:

– ¿Y qué, trajiste el libro?

Sorbí café, pues el maldito mico lo tenía y la lora bilingüe me había aturcido, entonces dije:

– ¿Y tu pintura cómo va?

–Muy bien. Estoy terminando un proyecto importante para exposiciones dentro y fuera del país. Lo que estás viendo es parte de la muestra.

Jaraba caminó hacia la mesa de trabajo y recogió los pinceles y unos oleos.

– ¿Sabes? Estoy probando con unos materiales nuevos. Cuando pinto, los colores cambian de tonos. Eso siempre pasa, me dirás, pero debe ser por unos aceites que le dan otros efectos. Si quieres mirar, puedes entrar a la otra habitación, yo aprovecho para llamar a la pinacoteca de Bogotá.

Jaraba me había señalado otra habitación; ante la pérdida del libro no tenía ánimos de ir, pero el talento de mi amigo y la curiosidad por su obra pudieron más. No fue sino dar un paso y me sorprendió una tarde con un cielo esplendoroso y un ejército de árboles imponentes. La visión me atrapó y di otro paso, y el pie se me hundió... y el otro también. Y caigo, además de caer en cuenta de que estoy pisando un terreno cenagoso; típico del Amazonas. Deben ser fantasías de escritor, y reacciono, para no hundirme del todo, me sujeto al marco de la puerta, y logro arrastrarme hasta salir del cuarto. Tenía los pantalones enfangados hasta los bolsillos. ¡Qué es esto! Tenía que limpiarme, y grité:

– ¡Jaraba! ¿Dónde está el baño?

– ¡A tu izquierda! ¡Y si quieres, observa el trabajo de la otra habitación!



Así que entré al baño, que por fortuna era un baño común y corriente. Traté de limpiarme, usando una toalla de mano y saqué la tierra de los bolsillos. Salí del baño, y una luz muy intensa se filtraba desde la habitación contigua. Era brillantísima; comencé a sentir calor. Me aproximé a la puerta y observé una llama que danzaba, desplegando colores rojos y violetas que fueron incrementando el calor. Veo unos arbustos encendidos, tocados ya por el fuego, y atrás unos árboles antiquísimos que también podrían quemarse, la madera crujía, el fuego seguía creciendo, con la probabilidad de que el cuarto se incendiara, se quemara Jaraba, el mico, la lora y yo. Sin pensarlo más, bajé a toda carrera.

– ¡Jaraba, Jaraba, incendio en la casa!

Pero Jaraba no estaba en el piso de abajo, ni en la cocina. Encontré el teléfono y marqué el número de los bomberos. Cuando dije que había un incendio me pidieron la dirección, y como el papelito con la dirección se me había estropeado, expliqué que la casa quedaba a una cuadra del Parque Principal. Me sugirieron que saliera inmediatamente del sitio y conservara la calma.

El humo ya iba ganando las escaleras. Busqué a Jaraba y corrí hacia el zaguán, perseguido por la niebla de siempre. Al salir a la calle, Jaraba estaba parado en la tienda de la esquina; fumaba, arrojando figuritas de los labios.

– ¿Cómo te ha parecido mi obra?-preguntó al verme.

–Jaraba, hay un incendio en tu casa.

– ¡Estupendo!-dijo sin entender-. Esas observaciones me gustan más que las de los críticos de arte.

– ¡Maestro!-insistí-. ¡Es un incendio de verdad!

– ¿O sea que la nueva técnica funciona? Ya te dije, esos aceites son maravillosos, cambian las perspectivas de los cuadros, ¡qué bueno que lo hallas notado!

En ese momento sonó la sirena de los bomberos que venía en dirección nuestra.

–Jaraba-expliqué rápidamente-, hay que sacar al mico y a la lora.

– ¿No te gustaron? Eso no es problema, los puedo sacar...

– ¡Pero ya, maestro, ya!

–¡Qué afán, hombre! No quiero pintar más, trabajé todo el día...

–Disculpen: ¿saben dónde hay un conato de incendio?

– ¿Incendio?-respondió Jaraba al bombero-, ¿cuál incendio?

– ¿Usted llamó?-me preguntó el bombero.

– ¿Yo?, no hombre-respondí.

–Esa es la vaina. Se nos va a podrir el agua de ir de un lado a otro sin apagar nada- remató el bombero enfadado.

Entonces le dije a Jaraba: – ¡Ya vuelvo!

Corrí a casa de Jaraba, pasé por el zaguán de la neblina, miré hacia la escalera del otro piso, tosí dos o tres veces hasta llegar al cuarto del mico lector y la lora bilingüe. El mico salió brincando y me tiró el libro a los pies y la lora gritaba ¡book, basura, book! Por fin había recuperado el libro para Jaraba y corrí de nuevo a la tienda.

–Aquí tienes el libro que te prometí.

– ¡Qué bueno, por fin voy a leerlo!

–Y bien maestro... ya me voy...

– ¿Por qué tan ligero? Si todavía no has visto los cuadros de las otras habitaciones.

–Otro día será, maestro-, dije yéndome, caminando de prisa, haciéndole a Jaraba adiós con los dedos inquietos, escuchando el sonido de la sirena de bomberos con su agua podrida que seguía buscando adónde había que apagar un incendio.

Gustavo Gómez Vélez, nació en Itagüí, Antioquia, Colombia en 1966.  
Hizo estudios de Teatro y Literatura en la Universidad de Antioquia.

Actualmente se desempeña como Asesor Literario de la Fundación Biblioteca de Itagüí. Dirige la Revista Letra.



[gagov66@gmail.com](mailto:gagov66@gmail.com)

**POEMAS**

**Grisoneta**

Busco la mano diestra  
El desquite  
Nunca rompí el relámpago  
Dios estaba loco al repetirme  
Y seguimos sin él  
Y ciertos

**Sombra**

Silencio las hojas  
En el cuerpo del árbol  
El espejo canaleja  
Su imagen  
La embriaguez no me salva  
Ni a él que etéreo maneja la balanza  
Ni a mí que anónimo saboreo la cuerda  
A mi lado el carcaj y la risa  
En el otro la pasión del árbol  
Y su sombra

**Caléndula**

Ágil la palabra  
La noche convoca otros cantores  
No puedo devolver el lugar  
Que se ha ido en la copa  
En silencio bebe  
En algarabía callo  
Gota a gota  
El cuerpo visto por el aire  
La palabra enrostra  
Tras su rostro el veloz malevaje

## Óptico

Cómo acosaba la noche tólida  
Entre trompetas y dardos  
De palabras alzadas y olvidadas  
Cómo reñían afectos y máscaras  
Que duplicadas miraban  
Carcajadas de espejos.  
Cómo nos dolíamos en el recuerdo  
De lo nunca separado  
Cómo era la noche de dobleces y cámaras  
Cómo acosaba la noche  
En la lenidad de los jueces.

## Sortilegio

Ebrios los dioses  
Siembran flautas sobre mi cabeza  
Una trampa de hielo atrapa la soledad y el hastío  
El bullicio del prisionero  
Hace batir alas de olvido a los halcones  
Insertando en el espejo bocanadas de encuentros.

Los ángeles que acompañan la imagen suya  
Mueren en mi pensamiento.

Muerto antes que amar a un pistolero.  
Vivo antes que adiarlo

Tenía la piel del solsticio y la boca plena  
La horca presa de litio soborna la víctima

Ebrios los dioses temen a su risa y a mi manicomio.



## Diáspora

Labra su túnica el insecto  
Mi angosta cueva tiñe de libros su patíbulo.

El camino lo busca y el desencuentro nos persiste  
Dislocando los nervios del centinela.

Entono una canción altiva.

Cada mañana el sol musita mi eco  
Ningún ángel podría desafiar su fuerza.

Y sin embargo  
Teme a su máscara de mimbre y labra su poema.

Mientras el espejo anuncia el insecto  
El rostro de un igual me persigue.

## Poema a Sebastián

La voz agua  
Mece al viento  
Trepado a las alcarrozas  
Veo mi espejo crepitar en un manto de olas  
Dilatada la pupila de su hijo  
Lo recibe su mano alucinada  
Presencio gotas resbalar  
A través del vidrio  
Donde nos vigila la madre  
Y allana este pensamiento.  
Consagración a la bestia  
Más que al ángel  
Pido la plegaria ebria  
Ante mi espejo  
La vida  
A ella nos debemos  
Cunde de lirios mi cerebro  
De calvo desterrado de mí mismo  
La música lo anuncia  
Su imagen y el espejo labro incesante  
Cuándo nacerá el hijo de mi afecto.  
Ciego anuncio su primera vez  
Sobria de gran serenatero

En un lado Stravinsky  
Prepara la horca a su violín  
En el otro jardín  
Teje Bethoven la trampa a su oído sordo  
Ante el espejo la brújula  
El fuelle  
El fuego  
El ángel salido de mis grietas  
No toca la guitarra  
Timbales solo timbales  
Resuenan  
La vida en él fluye incesante  
Mi confusión  
Se diluye desvaída

## Recuerdo

He consagrado mi vida como Hölderlin a la tierra.  
El silencio no es más que la confesión de su pertenencia  
Melódico me hundo en el anónimo espejo de mi sangre  
Desespero de todo hombre  
Sin retos  
Sin arco  
Soy esa flecha que sube al sol  
Un caníbal prepara la cena  
La monja a quien amé  
Revuelve su emulsión  
En una cabina de sicópatas  
La música cuece sus hélices amargas  
Sólo el paladar  
Sólo este grito sorbe un pedazo de tierra amigo  
Los tangos alzan y beben  
De la cantimplora  
Tienen sed  
Una boca pierde al agua  
Que bebe el pistolero  
Parece este hombre la tristeza de un prisionero  
Sin arco dispara al límite  
Sin ilusión reconozco la belleza del hombre en la tierra  
Baja por la mano izquierda la embriaguez de mi cerebro.

*\*Iván Enrique Mazo Guzmán.*

*Conde de Enverano. 1960. Medellín Los anteriores poemas hacen parte de su libro "Nacidos"*

## ALGUIEN AHÍ EN LA OSCURIDAD, de José Martínez Sánchez

**A** José Martínez Sánchez le ocurre lo que a todos los que abandonan la tierra natal y no logran acomodarse plenamente en el lugar adonde llegan: para los hombres y mujeres de Medellín que lo conocen, sus vecinos durante más de la mitad de su vida, es un escritor caldense del municipio de Aguadas, donde nació y creció, pero para los de Caldas es un escritor antioqueño. Así que unos y otros, en general, lo han excluido por considerarlo de otra parroquia. De ahí que sea de lo más extraño encontrar su nombre en antologías y en las listas de invitados a participar en eventos culturales de ambas regiones.

Menciono este hecho por dos motivos: el primero es que al publicar en la Colección Narrativa su libro de cuentos ALGUIEN AHÍ EN LA OSCURIDAD, la editorial Universidad de Antioquia rompe con creces, con las calidades de diseño y edición que ya nos son familiares, esa especie de cerco editorial con el que injustamente se le había confinado; el segundo, porque ese desarraigo es uno de sus temas recurrentes, y cuando no es un tema es una atmósfera que impregna, y en ocasiones agobia, a su lector.

Una parte de los personajes de José Martínez son seres expulsados del campo por las razones de siempre, violencia y falta de oportunidades, e, independiente de que habiten los espacios urbanos, periféricos o no, conservan los lenguajes, usos y costumbres tradicionales como si nunca acabaran



de llegar a la ciudad. Hombres y mujeres que jamás logran lavarse del cuerpo y del alma los efluvios de la tierra. Huelen a musgo y sudor, a savias y resinas. Son personajes telúricos. La otra parte la constituyen los que se han quedado a resistir, y se caracterizan porque los marca un anhelo, aunque sutil, persistente, de partir en busca de mundos mejores, como si padecieran algo así como una nostalgia de lo que aún no ha sucedido. Pasa igual con los espacios del relato: lo rural tiene aires de urbano, y viceversa, dando cuenta certera de lo que con el tiempo han llegado a ser las ciudades y los pueblos del país: un entramado indescifrable de pasado y modernidad.

En ese sentido es un escritor excepcional en este entorno. Cuando casi todos los colegas se ocupan de contar historias que explícitamente transcurren en las selvas de cemento, él, indiferente a semejantes tendencias formales de la época, se interesa principalmente en que lo narrado aborde las vicisitudes de lo humano, y conmueva. Y aquí habría que decir lo de siempre: por sus páginas discurren el amor, el odio, la muerte y demás materias comunes a la mejor literatura. No voy a discutir las ideas que él profesa respecto de estos asuntos, ni más faltaba, pero sí doy fe de que sus miradas son frescas y enriquecedoras, y en las más de las veces sazonadas con humor.

ALGUIEN AHÍ EN LA OSCURIDAD es un hito en la obra de José Martínez Sánchez y en adelante estará referenciado en primera línea cuando alguien se ocupe de este autor. José ha llegado a él después de una prolongada y ardua búsqueda por los diversos géneros literarios: en libros, revistas y periódicos, de su autoría hemos leído poemas, cuentos, novelas, reseñas bibliográficas, ensayos... Escribe sin descanso, a la manera de los más perfectos desocupados, y además le sobra tiempo y energía para comprometerse en proyectos de quijote relacionados con la literatura.

ALGUIEN AHÍ EN LA OSCURIDAD está construido con un lenguaje muy cuidado sin desbordarse por el extremo empalagoso del repulimiento. Sus frases son económicas y eficaces. Para muestra, un fragmento del texto que da título al volumen: “El guarda se limpió el miembro con la punta de la sábana y saltó de la cama. Bine comenzó a sollozar, volteada para el lado opuesto. El guarda la abrazó una vez más, le besó la mejilla y pronunció una frase incomprensible. Bine sintió algo poderoso que se cerraba con fuerza sobre su cuello y la iba sumiendo en una oscuridad dolorosa. Era la cuerda de la guitarra”. Frases que definen, colorean y hacen andar la historia hacia delante sin cojear. Es la escritura de quien conoce los difusos límites entre la corrección del buen decir y el arte, entre la innovación y la norma, lo que implica riesgos estilísticos, como en Una lluvia blanca y persistente sobre nuestra casa, un cuento en que el ritmo no está determinado por el recurso convencional de los signos de puntuación sino por un ajuste de las palabras acompasado al ritmo del corazón, y se lee con la misma naturalidad y comodidad con que se bebe agua o se respira, o en Informe de cordillera, donde el riesgo se extrema y el relato bordea los cánones de la novela.

La contención es un mérito sobresaliente de este libro. Las anécdotas que son objeto de narración, siempre extraídas de la realidad personal y colectiva nuestra —el encuentro de dos viejos solitarios en una pensión, el enfrentamiento entre dos clientes de un bar, la desilusión amorosa de un muchacho, la soledad sin remedio de un militar—, son puestas en escena a partir de sus elementos generales, como si apenas las esbozara a pinceladas, incluso cuando se trata de circunstancias relacionadas con la violencia política y social colombiana, tan propicias para que las mentes morbosas se solacen expurgando, cual gallinazos, las más nimias minucias, sobre todo si destilan sangre. En cambio, hay una adecuada prolijidad a la hora de ahondar en las metamorfosis que



esos hechos suscitan en el espíritu, y en general en la existencia, de cada personaje. En La muerte de Remo el boga, el joven protagonista, después de que su amada lo ha cambiado por un hombre ciudadano en todo contrario a él, como para cumplir un designio atávico, se tira a ahogarse en el río, como años antes lo hicieran su madre y su padre: es decir, al que no quiere caldo se le dan dos tazas.

El sentido de la sorpresa es uno de los elementos estructurales más atractivos de esta obra de José Martínez Sánchez, en dos vertientes: la sorpresa que se edifica poco a poco, frase a frase y escena a escena, y se reserva para el final, como en los cuentos Alguien ahí en la oscuridad y Al estilo inglés, en los cuales la información primordial es la que hábilmente se oculta por el método de apenas sugerirla, para sólo exponer toda su carga significativa en las últimas líneas y, según diría Julio Cortázar, ganar por nocaut; la otra es la sorpresa que uno en su función de lector experimenta, primero por la tranquilidad con que él refiere los sucesos extraordinarios, pues en su obra lo normal y lo patológico forman parte del mismo universo, y segundo por la actitud inmovible de los personajes ante tales sucesos: en La risa del enano, la víctima mortal de un duelo de borrachos reaparece en el lugar, como si nada.

En fin, éstos son algunos de los rasgos de la obra que José Martínez Sánchez ha venido maquinando y componiendo a lo largo de noches y días numerosos, mientras ejerce la docencia, mientras deambula por calles en que perro come perro, mientras bebe café y conversa con sus amigos disímiles sobre cuestiones serias y disparatadas, o mientras despacha cervezas “al clima” en las cantinas del corazón de Medellín, en las que lo conocen y le fían. Una obra en crecimiento y maduración. Una obra para leer con cuidado y disfrutar.



**POEMAS**

A su paso por la ciudad de Medellín, Osvaldo Sauma habló de los poetas que han marcado su rumbo, no sólo en su concepción de la poesía sino también en lo que socialmente representa el poeta: Roque Dalton, Rubén Darío, Pablo Neruda, César Vallejo... Con sus lecturas viaja y emprende ese itinerario casi secreto, porque “nos leemos en ellos”, según la expresión de José Emilio Pacheco a propósito del encuentro con la obra del otro y recogida por Sauma en la presentación del libro “Antología de seis poetas latinoamericanos”. Como quien busca un aire nuevo para volver al sueño de la ostra, el poeta nos dejó su nueva creación: “El libro del adiós”(Ediciones Perro Azul /Colección de Poesía, 2006) , más un manojito de poemas que los costarricenses saben editar y difundir sin el afán de la industria, pero con la certeza de presentar voces latinoamericanas en un solo abrazo, a manera de brindis por una poesía libre de retórica. Los siguientes son algunos de los poemas del libro del poeta centroamericano:

**EL AMENAZADO**

el amor danza  
la danza del cortejo fúnebre  
y el hombre cansado que soy  
apenas si atina a mirarle

de nada sirven sus rituales  
ni esos ojos bellísimos  
con los que hoy me tienta

sé que todos los rostros  
son el mismo rostro

ya otras veces he probado  
la hiel del desengaño  
y no quiero que me pase  
de nuevo

                  como a Borges  
y me duela una mujer en todo el cuerpo  
y estar o no estar con ella  
sea la única medida de mi tiempo

**ORÁCULO**

cien pericos  
agitando el árbol del verano  
propician la separación

el viento sopla  
al este de la infancia  
y el otro es uno mismo  
otra vez

no hay nostalgia  
perdido está lo que se perdió  
recobrase

                  a solas  
trae la ventura esperada

## AHORA

ahora  
que mi última amante  
se ha marchado

ahora  
que ignoro  
cómo recomenzar

echo marcha atrás  
recapitulo / sopeso  
sumo los pros  
resto los contras  
y sigo tan triste  
como cuando estaba con ella

## ESTA SOLEDAD NO SE CANJEA

en serio  
    viejos amores  
esta soledad no se canjea  
a su amparo  
venzo la adicción a los besos  
y ensayo  
    desde ya  
                    cauteloso  
los pasos primerizos  
que tendré que dar  
al otro lado del cielo

arribamos solos a este planeta  
solos nos vamos  
y no parece haber  
nada más trascendente en él  
que llegar lúcido a ambas orillas

## FALSO ITINERARIO

mi media naranja  
parece no habitar este planeta  
o transmigró a otras latitudes  
entre las calles de nuestro tiempo

no sé si yo debería hacer lo mismo  
buscarla en un más allá transhistórico  
u olvidarme para siempre de ella  
y cada otra sea la mitad de mi mitad  
mientras dure el instante

tratar de hallarla ha sido inútil  
y tantas veces he creído encontrarla  
pero siempre es otra la otra  
distinta a como la imaginaba

con tantos años de buscarla  
sospecho  
que si no se marchó a otro planeta  
se casó  
    por cansancio  
con el primer media toronja  
que se le cruzó en el camino

o bien se diluyó  
entre la desilusión de los otros  
    propiciando aún más la confusión

pobrecita mi media naranja  
sola como yo entre los siglos  
dibujando perros azules en la niebla

*\*Osvaldo Sauma: ( San José de Costa Rica, 1949) Poeta, maestro permanente de literatura en el Conservatorio Castella. Dirigió el Festival de Artes de Costa Rica desde sus inicios. Ha participado en importantes festivales de poesía en el mundo. Traducido a varios idiomas. Su labor como editor de poesía es muy importante en Costa Rica. Autor de Las huellas del desencanto (1982), Retrato en familia, premio latinoamericano EDUCA 1985), Asabis (1993), Madre nuestra fértil tierra (1997) en coautoría con Fredy Jones. Ha realizado ocho antologías de poesía entre 1986 y 2006.*

## TOMAS GONZALEZ O LA VOZ DEL SILENCIO

(A propósito de la novela, Primero estaba el Mar)

### EL SILENCIO

“No digas nada, no preguntes nada.  
Cuando quieras hablar, quédate mudo:  
Que un silencio sin fin sea tu escudo  
Y al mismo tiempo tu perfecta espada.

No llores si la puerta esta cerrada,  
No llores si el dolor es más agudo,  
No cantes si el camino es menos rudo,  
No interrogues sino con la mirada.

Y en la calma profunda y transparente  
Que poco a poco y silenciosamente  
Inundara tu pecho de ese modo,

Sentirás el latido enamorado  
Con que tu corazón recuperado  
Te irá diciendo todo, todo, todo”.



Antonioarebe@hotmail.com

Para: Martha Zapata y mi amigo, Álvaro Gómez Otalvaro.

El silencio puede ser el triunfo del espíritu. Sobre todo si la vocación es filosófica o literaria. Al menos una de las grandes enseñanzas de la filosofía pitagórica, era el silencio. Las novelas de Tomás González ofrecen al lector reglas simples para tener buenos argumentos frente al silencio, el amor por la familia y la naturaleza. El Mar y la naturaleza nos evocan formas de alejamiento. El agua y la tierra son los grandes elementos que permiten medir las dimensiones del ser humano.

El silencio puede ser la búsqueda de la felicidad personal, sin la contribución del otro o los otros. Allí, en ese espacio, se puede ser el héroe de sí mismo y sólo el individuo sucumbe en el combate ante la muerte. La voz del silencio, su mirada, su fuego interno, sólo están cruzados por el espíritu y el contacto con la materia. Reconocer el espíritu interior de todo ser humano es verse en el



silencio. Es percibir la fuente de donde emana el bien y el mal. Es el alma que fluye de continuo, profundizando siempre sobre sí misma.

Tomás González como novelista, cuentista y poeta, se ha mantenido lejos del mundanal ruido y logró exorcizar el espectro de la fama. Su secreto literario se mantiene en silencio posibilitando menos ruido del esperado. Cuatro son sus pequeñas y bellas novelas: Primero estaba el Mar (1983), Para antes del Olvido (1987), La historia de Horacio (1997) y Los Caballitos del Diablo (2003). Ficciones que, de una u otra manera, trazan un profundo análisis de los problemas ligados a su familia, a la muerte de un familiar, a los amores negados o a la pérdida de los seres queridos. Su literatura hace que se saquen del olvido situaciones cotidianas que, aunque parecen simples, recrean la vida de los seres humanos.

Seres hechos de carne y hueso; donde el dolor y el sufrimiento fracturan sus vidas. Los hombres y las mujeres son físicamente diferentes. Pero los personajes masculinos de sus novelas son los que marcan el ritmo de sus historias. Nadie es realmente feliz; ¿Qué tanto parece que estemos hechos para alcanzar la felicidad? ¿Por qué deberíamos esperar lo que no alcanzamos o no encontramos?

Sus novelas parecen darle un hito a aquello de: La muerte no causa dolor, sino tristeza y silencio. Lo que nos duele es que los seres que amamos ya no estén con nosotros.

En estas ficciones se atrapa la belleza de la muerte, aunque sus destellos vengan de la soledad y el aislamiento. En las novelas se puede observar una estética de la muerte y sus personajes develan el secreto de ese acto sublime. Morir es un acto que hace parte de la vida y los humanos somos inferiores ante la magnitud de tal acontecimiento. Vivir no es más que una fantasía entre la existencia y la muerte efímera. La vida no hace feliz a quien la posea, sino a quien pueda gozarla, amarla, vivirla en toda su intensidad.

La novela "Primero estaba el Mar" narra con un lenguaje claro y preciso el viaje de una pareja que va al Mar." Elena y J iban al Mar". Ese Mar de la región de Uraba y quizás cercano a Panamá. Al llegar descubren que no es azul ni magnifico. El puerto es sucio, el canal es sucio y turbio, el salitre se mezcla despidiendo un hedor de cañerías. Olor de podredumbre, similar al olor de lo muerto. Todo es confusión en la llegada y desde los primeros capítulos se observa que la historia está marcada por la fatalidad y la tragedia de su personaje. Sin embargo, la novela se apoya magistralmente, al final, en la cosmología Kogui y en ella se deja ver la grandeza oceánica. El Mar es todo, el espíritu emana de él y hace parte de la memoria colectiva de los seres humanos y, por qué no, de las cosas. El Mar es la gran bestia que devora todo.

La novela nos presenta el enfrentamiento de un hombre con el Mar y de cómo éste sucumbe ante él. El Mar es como un animal carnívoro que arroja sus sobras en las playas. El secreto de esta ficción literaria está en su adoración al Mar y la tierra. El ritmo está marcado por la descripción del paisaje. Pareciera escrita para el cine. Nos muestra cómo un hombre y una mujer gastan sus



vidas en una empresa agrícola, la hacen circular brevemente en una playa, subsisten y son absorbidos por la fatalidad. Cada fracaso de la pareja (Elena y J) le enseña al hombre lo que necesita aprender.

La novela es narrada en 38 pequeños capítulos, describe el entusiasmo, el paisaje, la ilusión, el egoísmo femenino y la disparidad emocional de dos seres, mediatizados por el licor y el erotismo. Terminan con una separación violenta. El hombre se queda solitario rumiando una empresa maderera y muere a manos del administrador de la finca. Muerte oscura, ante un hombre oscuro, vil y violento.

El Mar y el paisaje terminan devorando toda perspectiva. El aburrimiento se convierte en demonio y fatalidad. El hombre está completamente vacío, sin sustancia anímica para habitar el Mar. La muerte juega con el destino y la fatalidad. J y Elena no reconocen que no nacieron para habitar un lugar tan inhóspito. Allí solo estaba el Mar, siempre el Mar.

El Mar, la naturaleza, se funden con sus vidas. El Mar es el gran escenario donde la subsistencia determina la suerte de los personajes. El Mar, siempre en el centro del relato, el es el gran personaje. “Primero estaba el Mar. Todo estaba oscuro. No había sol, ni luna, ni animales, ni plantas. El Mar estaba en todas partes. El Mar era la madre. La madre no era gente, ni nada, ni cosa alguna. Ella era el espíritu de lo que iba a venir y ella era pensamiento y memoria”.

Ante una realidad tan original, el relato desafía las interpretaciones conformistas de la vida. Las fuerzas naturales delatan la verdad. Se trata entonces, en esta ficción, de una profunda reflexión sobre la existencia humana. El paralelismo de la historia de J y Elena con el Mar habría que analizarlo minuciosamente. La profusión del paisaje le agrega un valor simbólico a la vida y un significado estético a la muerte.

La imaginación con la que Tomás González concibió este relato, afianza desde sus inicios (1983), una vocación literaria, ligada a su espíritu filosófico y su capacidad para asimilar el silencio. “Primero estaba el Mar” le asigna al alma, la forma del mar. El Mar es el espíritu. J, el personaje que da vida a la novela, está muerto y ya no se oye la brisa rozar las ramas de los árboles. No se oye el Mar respirar a través de sus olas. Nada se siente. El tiempo lo ha unido todo al infinito. La muerte lo ha ligado a la madre tierra. Él sólo es: “el agua que florece en belleza, sangre y compasión por más que permanezca siempre agua”.

Leer hoy las novelas de Tomás González, es atreverse a muchas cosas. Es la voz y la otra mirada de la literatura colombiana. Nada revela con más exactitud la mística del silencio. Primero estaba el Mar, es la existencia de un misionero del silencio y la naturaleza. Un pensamiento vivo sobre el silencio. El silencio propone una finalidad concreta y es un impulso que no debería ser reprimido, sino hacer parte de la existencia humana. El silencio es el triunfo del espíritu.

1. PRIMERO ESTABA EL MAR, TOMAS GONZALEZ. EDICIONES, AUTORES ANTIOQUEÑOS, 1992
2. PRIMERO ESTABA EL MAR, TOMAS GONZALEZ. LA OTRA ORILLA, EDITORIAL NORMA, 2005

## **LOS QUE SALVAN EL DIA**

### **A LOS QUE AMO**

Amigos para siempre,  
para toda la vida, sin rencores,  
con un cariño a prueba de temblores,  
de crisis económicas o alcohólicas,  
de la acidez estomacal o de la hartura,  
a prueba de pasiones o de intrusos,  
de épocas de equilibrio o abandonos.  
A prueba de tus miedos y los míos.  
De la rabia y las frases que nos pierden.  
de los hijos, las madres, parejas o familia.  
algo eterno, un lazo indestructible, un salvavidas,  
un hombro en que llorar,  
Una línea directa hasta mis sueños,  
un tierno abrazo sazonado en lágrimas  
Y porqué no,  
una breve mirada.....  
Un beso a la distancia.....

### **EXPECTACIÓN.**

En mi casa vacía juegetean las sombras del ocaso,  
los fantasmas se agitan en el baúl del miedo,  
los grillos o chicharras me susurran canciones  
de seres de la noche,  
tonadas conocidas, húmedas de recuerdos.  
En mi casa vacía la nada señorea  
con aires de tirana,  
los ciempiés ejecutan danzas desconocidas  
en las viejas baldosas  
y corren pavoridos  
ante el sutil avance de un zapato.  
En mi casa vacía no vuelan mariposas,  
el silencio se ensaya como mortaja oscura  
y yo me encojo, como siempre, a esperar  
la lenta procesión de calaveras y demonios  
que un día, por fin, derribaran la puerta.

*A Sandra machado: hecha de niebla.*

## MASSADA.

No tengas miedo, no pierdas la esperanza,  
no desesperes aunque el cielo  
transforme tu fortín en arenas movedizas,  
no dejes que la duda  
o el silencio y sus fantasmas te acorralen,  
baila para la muerte que te pisa los talones,  
con la grácil soltura de tus sueños.  
la parca es otro intruso  
que puede ser desalojado de tu vida,  
evade sus sombras,  
sus fatales designios de metal y carroña.  
Que sus sobras reboten en tu escudo de fe,  
aún se puede, aun se puede.  
La inminente derrota trae los gérmenes del triunfo,  
baila para la muerte y su cortejo de sombras  
la mejor de tus danzas,  
exhibe tu alegría por las calles del miedo;  
por el siglo de sombras y de smog radioactivo,  
que te toco vivir.  
Elude la rapiña sangrante de los verdes billetes,  
levántate de nuevo,  
pule tu escudo, exhibe tu espada,  
disiente del dolor y el sinsentido.  
Canta tu mejor canción,  
combate por las cosas que tú crees son justas  
muérete dignamente,  
cantando la tonada  
de tu forma de ser, de tu filosofía.  
Y tus hijos o nietos, recordaran tus gestas,  
recordarán tu nombre con orgullo,  
y tu espíritu invicto los guiara  
a sus batallas.  
El futuro es glorioso,  
no te rindas,  
construye la utopía  
del material glorioso de tus sueños.

*A "Pluto" y los amigos que luchan contra el sida*

## BRISA DE CEMENTERIO.

Las voces de mil muertos  
susurran en mi oído,  
las canciones pérdidas de la seda, la esfinge,  
de los lotos.  
El umbral de mis sueños es campo de batalla  
de aquellos que se niegan a morir.  
Sus canciones perdidas llegan de madrugada,  
Recordando las gestas de la futilidad.  
Los rayos de la luna,  
Platean los tiernos bautizos de la muerte,  
alumbran los anémicos pies de los difuntos  
Y destacan la oscura serpiente de los ríos,  
que lleva lentamente la sangre carmesí  
de aquellos indefensos ante la garra cruel de la rapiña.  
La bestia del abismo, de nuestro Apocalipsis  
engulle sin piedad nuestra esperanza,  
Los niños huérfanos tiritan en la playa,  
Ningún guerrero en pie, el mar se ha vuelto sangre  
y cada madrugada  
alumbrara a los muertos con sus desnudos brazos.  
Sus miradas vacías, y sus voces profundas  
repitiendo sin fin,  
que mañana un fusil, un puñal,  
la mina antipersona  
regará tus entrañas  
sobre los cartelones  
de tu paz de papel.

## ETERNIDAD.

Soy el judío errante,  
un suave desespero me recorre los huesos  
y voy al cementerio de las flores marchitas  
para buscar, en vano, mi tumba abandonada,  
mi joven alma muerta.  
Ni el sueño ni el descanso acallan el aullido de Caronte.  
Un mundo agonizante me sigue como un perro,  
cielos grises sin fin arrancan los colores de mis ojos,  
y vacían mis cuencas.  
Mi piel se cuarteja por el frío y la sal,  
la voz del desengaño recorriendo los siglos,  
y mis viejos oídos escuchando sin fin  
el ruido insoportable de mi respiración.

*A Sergio Giraldo: mi nimierdista favorito.*

## LUNA Y MASACRE

Quebrado por la fiebre,  
me desgarró las uñas contra el viento,  
dispersando los rostros que acorralan mis ojos.  
Convoco las guadañas, y salgo en estampida,  
reventando las cuerdas de los ajusticiados.  
La voz del ahorcado se extingue en nuestras manos,  
Y los envenenados por cianuro o arsénico,  
dibujan en mis ojos, convulsiones y vómito.  
En un recodo oscuro,  
lloran los aquejados por la desesperanza,  
la luna se desangra sobre los cuerpos tristes  
Y arranca de los muertos un resplandor de plata,  
todo es frágil aquí, el hombre, el niño, la mujer,  
la voz alucinada que recorre mi alma,  
no cesa en su alarido y rebota en la luna.  
Los lobos, los fantasmas,  
los terribles gusanos de la putrefacción,  
me llaman camarada.  
Oh luna de los muertos, deshácete en el cielo  
no cubras mi mirada  
con las alucinadas entrañas de los niños,  
trágate al insepulto que visita mis noches,  
no dejes que su risa se estrelle en mi ventana.  
Esta noche no quiero recorrer el infierno.

*A Pacho Velásquez, cronista y hechicero*



**Intelectuales apolíticos**

Un día,  
los intelectuales  
apolíticos  
de mi país  
serán interrogados  
por el hombre  
sencillo  
de nuestro pueblo.

Se les preguntará  
sobre lo que hicieron  
cuando  
la patria se apagaba  
lentamente,  
como una hoguera dulce,  
pequeña y sola.

No serán interrogados  
sobre sus trajes,  
ni sobre sus largas  
siestas  
después de la merienda,  
tampoco sobre sus estériles  
combates con la nada,  
ni sobre su ontológica  
manera  
de llegar a las monedas.

No se les interrogará  
sobre la mitología griega,  
ni sobre el asco  
que sintieron de sí,  
cuando alguien, en su fondo,  
se disponía a morir cobardemente.

Nada se les preguntará  
sobre sus justificaciones  
absurdas,  
crecidas a la sombra

de una mentira rotunda.

Ese día vendrán  
los hombres sencillos.  
Los que nunca cupieron  
en los libros y versos  
de los intelectuales apolíticos,  
pero que llegaban todos los días  
a dejarles la leche y el pan,  
los huevos y las tortillas,  
los que les cosían la ropa,  
los que le manejaban los carros,  
les cuidaban sus perros y jardines,  
y trabajaban para ellos,  
y preguntarán,

“¿Qué hicisteis cuando los pobres  
sufrían, y se quemaba en ellos,  
gravemente, la ternura y la vida?”  
Intelectuales apolíticos  
de mi dulce país,  
no podréis responder nada.

Os devorará un buitre de silencio  
las entrañas.  
Os roerá el alma  
vuestra propia miseria.  
Y callaréis,  
avergonzados de vosotros.

## OTTO RENE CASTILLO

*Poeta guatemalteco, nació en la ciudad de Quetzaltenango en 1937 y falleció en 1967, cuando participaba con los grupos insurgentes que se alzaron en armas en los años 60. Es uno de los principales poetas guatemaltecos de las promociones surgidas después de 1944. A partir de 1955 inicia estudios de letras en Leipzig. Hay dos poemarios suyos: “Vamos patria a caminar” (1965) e “Informe de Una Injusticia” (1975).*